

calles me parecían más amplias y más mías. Poco a poco cruzaban los arrieros, los hortelanos, y el camino del mercado en la Plaza Alta animábase de gentes que reían llevando al brazo las cestas de pescados y lechugas». «Subía a la Plaza. Circulaba entre los puestos». Compraba cerezas y azofaifas. Iba al paseo de San Andrés donde las comía y echábase un trago de agua, como el hielo, en una fuente: se fumaba su cigarro entretenido en ver a los perros jugar, en ver al jardinero regar... «y en cuanto el sol iba levantando recogíame en casa con mis libros y pinturas».

Recordaba sus estudios, sus exámenes. Nos habla tal vez con hipérbole de sus «sobresalientes» y de un «Premio de Honor», que no hemos visto en su expediente, y de un reloj que le regaló su tía, que tampoco vimos. Con más seguridad nos cuenta en su novela: «Quinto año. Y yo... diez y siete. Física. Química. En los demás tal cual de *notables*, de *aprobados* y algún *suspenso*».

No pierde Felipe Trigo un momento sin recordar alguna escena libre, con alguna de las criadas o el descubrimiento de un libro «verde» en la biblioteca de su primo Alfonso, un hombre muy serio y que ya era fiscal propietario de la Audiencia.

Se iniciaba en aquel tiempo su afición al periodismo. Un compañero suyo le propuso fundar un semanario y otro amigo deseaba hacerle pescador. Junto a las murallas, alquilaron a una vieja un cuartito que les costaba 2'50 al mes, y escotando cada uno diez o doce reales instalaron la *redacción* y la «Sociedad Vinícola», donde se emborrachaban. Motivo que aprovecha Trigo para contarnos otra escena libre que dió motivo a un escándalo familiar.

Otra vez tornaba a los libros, al tímpano, a la caja de pinturas... el orden en mi armario... los paseos campestres al sol y entre las flores.

«Sin embargo — nos confesará después — mi paz era muy triste. No podía ya ir a la Catedral buscando los consuelos religiosos, porque estaba mi alma de sobra traspasada por la incredulidad y la indignidad, y únicamente aquel estudio a gritos en la azotea me daba un falso alivio.»

Poco después se abre a su curiosidad el amplio escenario de Madrid, en el Colegio de San Carlos, donde estudia la carrera de médico.

ENRIQUE SEGURA



## Para siempre (1)

(Poema funeral a la memoria de mi hija PAQUITA, fallecida con 20 años).

*Se doblaron sus alas en la mitad del viento.  
Ni las chispas, agudas como espadas,  
de sus ojos, terriblemente quietos;  
ni su luz, derramada por los aires;  
ni el pájaro alegre que anidaba entre sus risas;  
ni el dulce grano de su voz, aplastado;  
ni sus brazos,  
crecidos y crecidos con los míos  
a lo largo del miedo como palpos inmensos  
para tocar a Dios;  
nada.  
Sólo el Amor,  
el Amor dislocado, como un fuego  
mantenido en vilo;  
como una yedra en torno al clamor afanoso de la sangre.  
Y la pendiente amarga,  
y el cerco tenebroso de los ríos en silencio,  
y el grito atormentado de los árboles locos,  
y el tropel de los monstruos desvelados  
mordiéndolo la andadura.  
  
La luz traicionada—ella misma—  
se quebraba en redondó*

como el agua azotada; descendía  
en puntas de cristal sobre mis sienes.

Y sus ojos

—los ojos injuriados—

vacilaban perdidos,

pisaban los linderos del Rayo,

se aguzaban ansiosos

esperando atrapar

las últimas razones del Milagro:

inútilmente.

En el frío remolino de las sombras

la mano palpitante se rendía

como un ala de vidrio,

como la voz del niño, casi muda,

ante el Gesto implacable.

(Un nudo a la garganta y otro nudo,

esta escala de nudos a la muerte)

¿A dónde ya aquel tiempo arrebatado

de campanas con júbilo de coro?

¿A dónde el sobresalto de tibia golondrina

que temblaba en su aliento,

el toque de sus pasos inminentes,

la llama que era un grito de alerta en sus pupilas?

¿A dónde ya la abeja de sus labios,

el perfil del suspiro,

el mundo que ahora duele

como el aire en el hueco

de la ausencia imposible?

Se plegaron sus alas, abatidas,

para siempre,

en mitad de la tierra.

¡Para siempre...!

Rueda un carro de plomo por las nubes

y rechinan los huesos apretados de los ángeles negros,

mientras gime

la cadena de rosas que azulea

al borde de la ira.

¡Para siempre!

¡Para siempre!

Y me arrojo vencido entre las voces

que golpean los contornos del pecho descarnado,

en medio de los toros de muerte fugitivos

de la cuerda del tiempo.

¡Para siempre...!

Y reclino la frente desolada,

y me asomo a los besos que se extinguen

al filo de las lágrimas,

a las venas oscuras que se agitan

en los fieros espirales de la angustia.

¡Para siempre...!

Y soslayo a los hombres y la Tierra,

y me vuelvo hacia el Cielo...

—¿pero acaso sé yo donde está el Cielo?—

Para siempre...

Para siempre...

¡Qué despojo de lumbres trastornando

los motivos postreros de la tarde!

¡Qué temblor de raíces más allá del silencio!

¡Qué leve la pared inexorable

que separa mi llanto de las sombras;

de estas sombras gigantes que se funden

a la carne desgajada en duelos,

que traspasan las fronteras del Mundo,

que llegan de las plantas de Dios hasta el abismo

donde aulla el Misterio!

*Un fuego impio, allá en el horizonte  
se consume imparable: como todos los días.  
Y más cerca, cortándonos los pasos,  
una extraña rueda de fantasmas morados  
encadena el espíritu vacío  
al último crepúsculo,  
a la Noche,  
a la Nada.*

### Contrición de urgencia

Mas perdona, Señor,  
estos gritos deshechos  
que confunden la Voz desesperada;  
ya lo entiendo, Señor: es la Condena  
—si nacimos...—  
este Dolor que asume, en infinito,  
el penoso latir de las entrañas.

JOSÉ MARÍA OSUNA

(1) Del libro «La llamada y el hombre».

# Transcripción del CÓDICE del Siglo XVII

Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción - de Villanueva de la Serena

(Dividido en dos tomos)

Por JUAN ANTONIO MUÑOZ GALLARDO

Presbítero

OFRENDA

Al Párroco-arcipreste Dr. don Juan Rodríguez Sánchez y  
compañeros:coadjutores don Antonio Guisado Tapia y don  
José Vargas Donoso, con sincero afecto. amantes de Villa-  
nueva de la Serena y de su Parroquia.

El Autor.

## INTRODUCCION

*Al intentar en 1930 reunir materiales para hacer un ensayo de «Historia de Villanueva de la Serena», siguiendo un método expositivo, procuré tener presente cuanto de importante se había escrito sobre cada asunto local, y tropecé con el gran inconveniente de la falta de Bibliografías y de Bibliotecas, subsanada en parte, con las notas enviadas por los Archiveros y Bibliotecarios de la Biblioteca Histórico Nacional y Director del Archivo de Indias, con un cariño que merece agradecerse lo bastante: habiendo comprado algunas obras que eran necesarias para mi trabajo y no indignas de figurar en su fondo.*

*Pero mi empeño no consistía en el estudio de los libros impresos, sino en el examen de las fuentes de primera mano, dedicando a él mis principales desvelos, para pretender escribir, no una obra apologética, sin pretensiones de agotar la materia en muchos detalles, sino buscar y exponer la verdad, como así me parece lo tengo hecho en mi modestísimo libro de Villanueva, tal cual se desprendía de la documentación, dejando a un lado esa serie de leyendas, inventadas por los propaladores de los falsos cronicones que dieron origen a obras como el Martirologio de*